

Cuando el delirio tiene poca intensidad, queda circunscrito á las células de la capa superficial y, por consiguiente, no son impresionadas las volitivas ni las motrices de los cuerpos estriados. Entonces se ve el quietismo y el silencio característico de los melancólicos. Los conatos de oposición dependen de que las células afectivas, dolorosamente impresionadas, tienen poca receptividad para las impresiones externas. Hay una especie de *ircofobia* (de *ircos*, sonido) y *fotofobia* cerebral. El enfermo sólo se siente á sí mismo. Su cerebro se halla en un caso análogo al del músculo afectado de reumatismo, que, sin estar paralizado, no puede contraerse, á causa del dolor que el movimiento provoca.

La corriente impresionadora penetra, pues, con dificultad y aun se desnaturaliza (*ilusiones*) á través de los aparatos perceptivos; por lo cual no puede recorrer el ciclo de la inervación saliendo al exterior convertida en movimientos voluntarios correspondientes á la índole del excitante sensorial.

No es posible invocar directamente los auxilios de la anatomía patológica para corroborar el concepto que llevo expuesto sobre la naturaleza de la tristeza, así normal como patológica. Ni la una ni la otra causan la muerte, mientras no den lugar á lesiones viscerales ó cerebrales de otra índole ó de mayor grado. Por otra parte, los espasmos y las hiperemias capilares no subsistirían en el cadáver. Pero, ¿se necesita la confirmación necroscópica para convencerse de que, no sólo el cerebro, si que también el organismo todo, adolecen de debilidad anémica en los tristes? Voisin ha examinado la sangre de los lipemaniacos y siempre la ha encontrado leucocitémica; en muchos de ellos, picándoles en la yema del dedo con un alfiler, se ve brotar una gota de serosidad, antes que sangre. Examinado al microscopio, este humor no forma una capa uniforme, sino islotes perfectamente separados. En tales casos, que acusan los más altos grados de la caquexia, suelen presentarse escaras gangrenosas.

A lo dicho añádase que los efectos de la medicación narcótica, antes de marcarse por la disminución de la tristeza y del delirio frenálgico, se anuncian por signos físicos que indican la cesación del espasmo vascular: colórase el semblante, anímase la mirada, desvanécense los surcos de la cara, por lo cual el rostro se embellece; siéntese agradable calor en todo el cuerpo, disípase en sentido ascendente la coloración amarillento-sucia del tegumento, el pulso se dilata y el cuerpo aumenta de peso, porque mejora sensiblemente la nutrición.

Téngase además en cuenta que, si algún alivio espontáneo experimenta el delirio de los melancólicos en el decurso de su enfermedad, es precisamente cuando sufren accidentalmente alguna afección febril. En tal caso, *la fiebre suelta el espasmo*, y sin espasmo no hay tristeza. Disipada la fiebre, vuelve la melancolía. No hay alienista que no haya observado mil veces este fenómeno.

## XX

Saquemos ahora partido de estas investigaciones fisio-patológicas, para hacer percibir las analogías entre los procesos normales y los morbosos de la tristeza.

La tristeza, en todas sus manifestaciones hígidas y morbosas, constituye

la expresión de un estado más ó menos permanente de isquemia cerebral, idiopática ó deuteropática.

La frenalgia, ó dolor moral, consiste en la percepción autóctona (nacida en los mismos centros afectivos) de la deficiencia de estímulo nutritivo de la substancia nerviosa del cerebro.

En tal estado, la escasa excitabilidad de las células cerebrales por las corrientes centrípetas (sensoriales) es causa inmediata de que no haya renovación de ideas. La mente no elabora sino sobre productos de percepciones ó juicios anteriores.

De ahí la fijeza de la idea que distingue á los tristes y á los lipemaniacos; no siendo raro que éstos, disipado el fondo emocional primitivo, vengán á parar en la monomanía.

La poca receptividad para las impresiones cósmicas durante la preocupación afectiva, es la condición más abonada para que la inteligencia se ejercite en la meditación y contemplación de las cosas *no cósmicas*, ó sobrenaturales. Conservándose en los límites hígidos, este estado del ánimo produce escritores sagrados, teólogos, inspirados, cenobitas, anacoretas y santos; en sus modos morbosos, engendra fanáticos, theómanos, demonóforos, demonólatras, pannóforos y suicidas.

Como las impresiones viscerales encuentran libre acceso en los centros perceptivos de los tristes (y aun muchas veces la tristeza se origina de estas impresiones), no es extraño que el dolor moral hígido se convierta en hipochondría y que la mayor parte de los melancólicos se crean dañados de extrañas lesiones que destruyen sus vísceras.

Los sujetos linfático-nerviosos con idiosincrasia hepática, tienen natural propensión á la soledad y al misticismo; su cerebro tiene escasa receptividad para las impresiones expansivas. Apenas hallan goces en la tierra. Víctimas de su propio temperamento, el mundo y la sociedad les son indiferentes ó les afectan dolorosamente. Egoístas y reservados, como los que adolecen de infartos crónicos del hígado, juzgan de los sentimientos de los otros hombres por los que les son propios. Piensan mal de todos; el trato social es una de tantas calamidades que les acosan. Por esto son poco ó nada sensibles al amor en sus formas generosas; en el comercio sexual satisfacen sólo un instinto y una secreción; no ese sublime sentimiento de atracción que vincula á todas las criaturas. No tienen aptitud para las virtudes sociales, cuyo ejercicio les conquistaría la bendición de los hombres y la palma del cielo. La carne les aguijonea sin cesar; pero no tienen resistencia para la tentación. Saben que pecan y que ofenden á Dios. En consecuencia, temen, no tanto perder el cielo, como merecer el infierno. Pero, como no pueden amar más que á sí mismos, faltan á la moral; son usureros, lúbricos, crueles, reservados y desconfiados. No gozan en esta vida y temen el tormento eterno. No tienen fuerza para lograr el cielo por la virtud, y creen sencillamente que la religión les abrirá las puertas del paraíso. Confiesan y comulgan á menudo; hacen dádivas piadosas; sostienen con su dinero guerras de religión; apoyan toda tendencia que conspire al afianzamiento de la teocracia; y ¡desdichados!... piensan que se hacen gratos á Dios invocando su nombre para entorpecer el progreso de los hombres.

Este orden de ideas (las religiosas) ofrece la particularidad de su fijeza y permanencia. Paréceme que esta cualidad inmediata depende de su exclusi-

vismo, ó sea del dominio casi absoluto que, por la escasa concurrencia de impresiones actuales, ejercen en la inteligencia. En efecto: las concepciones engendradas por los sentimientos místicos, son, por decirlo así *ultra-cósmicas*: no se relacionan directamente con impresiones físicas de actualidad; son sólo productos de recuerdos elaborados por la fantasía. Los cerebros melancólicos, según queda dicho, tienen gran receptividad para las percepciones autóctonas, y poca para las periféricas. Y como el mundo real penetra apenas en los centros emotivos y perceptivos, no hay quien dispute á las concepciones maravillosas su toma de posesión y arraigo en la mente. Por otra parte, tales ideas agradan al sujeto, porque concuerdan con su temperamento, y por todas estas causas adquieren la estabilidad de un sentimiento connaturalizado. En tal estado, son completamente inextirpables. Al principio, la instrucción, esto es, la ingestión, espontánea ó forzada, de ideas del mundo real, hubiera podido combatir las con ventaja, operando una saludable substitución ú obrando por vía de contrapeso en las regiones del sentimiento; más tarde no hay poder humano que las avasalle. Sólo por horribles hecatombes pudo ponerse término al fanatismo vendeano.

Es notable que la misma tenacidad de las ideas y sentimientos místicos que caracteriza á los sujetos de temple reservado, se observe en los delirios de igual índole, que tan frecuentemente presentan los frenálgicos y monomaniacos. Las ideas místicas están como encarnadas en su cerebro, no bastando á disiparlas ni el consejo ni la represión. Sí, intimándoles, se consigue algunas veces hacer menos ostensibles las manifestaciones de esta clase de delirios, no tarda en observarse que, en su estado latente, nada han perdido de su pristina intensidad.

Hay aquí una de las tangibles muestras de la homología entre los procesos de la razón y de la sin-razón; homología fisiológica, que, por lo que vamos exponiendo, no puede dudarse de que corresponde á otra homología orgánica.

Véase, en corroboración de esto y á título de contraste, lo que acontece con los delirios demagógicos, insurreccionales, teofóbicos, clerofóbicos é iconoclastas, propios de las formas hiperfrénicas. Todos son tan fugaces como ruidosos. No se requieren artificios ni esfuerzos para cohibirlos: basta abandonarlos á su propia espontaneidad, huyendo tanto de sobreexcitarlos como de reprimirlos con violencias. Déjese gesticular y gritar al aire libre á esos alienados; procúrese tan sólo precaverles de que se dañen en sus arrebatos de furor;... no tardará en aparecer, si no la lucidez, la calma del delirio.

Al contrario, si siguiendo antiguas y desacreditadas prácticas, se apela á la represión y á los castigos, la ideofrenia subirá de punto y tal vez no parará hasta la demencia. Al punto en que Pinel, en presencia del furibundo Cuthon, hizo quitar las cadenas á los furiosos de Bicetre, recibió abrazos y lágrimas de gratitud de estos desventurados.

¡Qué sorprendente semejanza entre las frenopatías del manicomio y las que con tanta frecuencia presentan las colectividades humanas!

Los motines, tumultos, algaradas y levantamientos demagógicos se embracecen rápidamente y cunden con pavoroso ímpetu. Semejan un huracán que amenaza arrancar de cuajo los más sólidos y arraigados principios de la sociedad: la familia, la nacionalidad, la propiedad, la religión, la autori-

dad... ¡ Ay de los que pretenden hacerles retroceder ! No hay poder humano capaz de contener estas manifestaciones convulsivas del dinamismo popular.

Dejad hacer; moderad, si podéis, la acción; encauzadla, y sobre todo, esperad un poco... Pasará el tumulto, brillará el orden, se hará justicia y... al final la humanidad habrá realizado algún progreso.

No es este el proceso de los movimientos melancólicos de la población. Toman por pretexto una idea mística, que se origina allá en los desiertos de la ciencia, esto es, en la población rural más atrasada. Cual filtro sutilísimo, se insinúa en la conciencia de las mujeres, por donde fácilmente penetra lentamente en el seno de la familia. Prepárase el terreno con gran pausa, pero sin cejar jamás. Con felino instinto, se agacha ante el peligro, sin perder nunca ni la fe ni la esperanza. — ¿Saltará?... Sí, al menor descuido y cuando la víctima no tenga ánimo para defenderse.

¡ Desdichado el que mira sin recelo estas aguas mansas ! Débil por naturaleza, sólo el terror la mantiene á raya. El cañón la acalla, mas no la vence. Su verdadero antagonista es la instrucción. Los mejores fuertes contra estas guerras, son las escuelas; el mejor cañón, la prensa y la boca del maestro.

Lo he dicho: el cerebro se alimenta de sangre y de percepciones; éstas son su materia funcional, como la sangre de la vena-porta es la materia funcional del hígado. Con buen régimen bromatológico y con excelentes condiciones atmosféricas sustentaremos las propiedades orgánicas de la substancia nerviosa; con un buen régimen perceptológico nos precaveremos de la isquemia cerebral, que conduce á la tristeza y á la melancolía.

Profilaxis para la melancolía social de forma mística: pan é instrucción á manos llenas. Con solo estos elementos no hay pueblo que no sea libre y virtuoso.

## XXI

*Procesos hiperémicos. — Expansión de la afectividad. — Alegria.* — Estar alegre es sentir una expansión placentera por una percepción ó un juicio. Es, por lo tanto, la alegría un estado del ánimo diametralmente opuesto á la tristeza. De donde resulta que, si la causa eficiente de ésta consiste en una isquemia de la substancia nerviosa, compatible con la salud, aquélla corresponde á la hiperemia fisiológica ú organismo de los elementos afectivos del cerebro.

Como todas las partes ricamente vascularizadas, la substancia gris del cerebro es asiento de orgasmos congestivos, que le proporcionan el debido tono funcional. El orgasmo fisiológico no es más que una hiperemia intermitente, que se disipa al influjo normal de las corrientes nerviosas que determinan la contracción y la relajación de los vasos capilares.

Ejemplo siempre visible de esta clase de hiperemias, lo tenemos en las mejillas de los sujetos de cutis blanco y muy fino y de temple impresionable: una emoción moral ruboriza á la púdica doncella. Este rubor acusa un fenómeno nervioso de carácter reflejo, suscitado por una idea. Desvanécese, sin exudado ni dejar vestigio, desde el momento en que se ha restablecido el equilibrio emocional en los centros nerviosos y ha cesado su conmoción

ondulante. Así cesa gradualmente el movimiento del agua en un estanque momentos después de haber sido percutido. Pero mientras dura la hiperemia, aumenta la temperatura, y este aumento lo hace perceptible el termómetro.

Si el orgasmo se verifica en partes muy celulares (v. gr., una glándula), ocurre una hipergénesis de elementos anatómicos, que se traduce por un producto de secreción. Si, siendo muy celular, el órgano no es secretorio, sino que da por productos de su actividad movimientos funcionales de determinada clase (y en este caso se encuentran los músculos, la médula, el cerebro, etc.), el efecto inmediato de la hiperemia fisiológica no podrá ser otro que un aumento de sus productos dinámicos. He aquí porque, en medio de la expansión afectiva, brillan los más vivos destellos de la imaginación, y aparecen los conceptos más felices.

Cuanto es causa de concentración, lo es asimismo de tristeza, y todo cuanto expande la vida, es ocasionado á la alegría. Nunca, como en la infancia, es tan ostensible el movimiento de expansión orgánica; por esto, la alegría es el estado habitual de los niños. Padecen, en verdad, no pocos dolores físicos; experimentan contrariedades que les arrancan estrepitosos lloros; pero no siempre que el niño llora, sufre. Las más de las veces el llanto responde á la necesidad de ejercitar los aparatos fonéticos. En general, todos lloran sin gran pena y sin concentración de fuerzas, razón por la que los más llorones no son los menos obesos ni los menos colorados. En cambio, las primeras emociones morales son en ellos de carácter expansivo. La primera demostración que hace el niño de reconocer á su madre, es una sonrisa: *Incipe parve puer risum cognoscere matrem.*

La alegría infantil no es privativa de la especie humana; la observamos en alto grado en los irracionales: todos los cachorros, hasta los de la leona, son graciosamente retozones. El reino vegetal reserva sus mayores grados de expansión para la pubertad; las vistosas corolas con que se engalana la primavera, son símbolo de la alegría universal que despierta el amor. Las aves concurren al festival de la naturaleza con sus más armoniosos trinos y con sus más ricos plumajes. El hombre interpreta el amor, tornándose valeroso, alegre y comunicativo.

Todos los estimulantes difusivos despiertan alegría. Hasta las personas de grave continente, desfruncen el ceño y se vuelven decidoras á los postres de un festín, cuando el champagne rebosa de los vasos. Entonces todo centellea: la mirada, el rostro, la imaginación, los afectos y sobre todo el amor. En tales circunstancias, hasta el mismo Timon, el gran misántropo de Atenas, olvidando la ingratitud de sus amigos, sonreiría apasionadamente á la Hebe que le hubiese escanciado la ambrosía.

Así como hay temperamentos fríos y melancólicos, los hay floridos y festivos: son los sanguíneos. Ellos son los príncipes de los placeres, y á no ser la aplopegía, la gota y las afecciones cardíacas, que acibaran su vejez y se oponen á su longevidad, á nadie podrían envidiar el patrimonio orgánico.

A pesar de esto, son los mortales más felices; quieren bien y son bien quistos; todos desean su compañía que, por otra parte, no es difícil de lograr mientras se trate de divertirse en una partida de campo, en un banquete, en un baile, en un viaje, etc.; en tales casos figuran siempre en primera línea y de ellos salen los proyectos más alegres. No es de admirar; su cara no en-

gaña : como la del sol, irradia placer y animación por todos lados. No tiene precio su colateralidad á la mesa : para un anorético, es su ejemplo funcional el mejor aperitivo.

La alegría es poco ó nada propicia á las operaciones reflejas de la inteligencia ; en cambio, influye favorablemente en todas las funciones tróficas. Hija de la salud, engendra salud, y filosóficamente dirigida de modo que no lleve al abuso de los placeres, es prenda segura de longevidad. Fontenelle, citado por Virey, vivió un siglo, porque supo administrar prudentemente su alegría. *Bene vivere et letari* : he aquí un excelente principio de Macrobiótica. El incisivo Erasmo, curado de una grave enfermedad por la alegría, agradecido, escribió su *Eloge de la Folie*. Quizás Erasmo no fué justo confundiendo la alegría con la locura ; pero, como en esta obra no trató sino de la locura alegre, no se apartó del objeto de su apoteosis. «Ni el trabajo, ni la vejez, ni las enfermedades se acercan jamás á estos campos felices ; no crecen en ellos malvas, ni altramuces, ni habas, ni ninguna de esas plantas que sólo al vulgo agradan ; el *moly* (planta fabulosa que servía de contraveneno, y de la cual, según Homero, echó mano Ulises para preservarse de los encantos de la Circe) la *panacea*, el *nephentes*, la mejorana, las rosas, las violetas y los jacintos, embelesan por todas partes el olfato y la vista y hacen de estos sitios (los en que crece la locura), encantadores jardines, aun más deliciosos que los de Adonis. No le envidio á Júpiter la dicha de haber sido amamantado por una cabra, pues las dos ninfas del mundo, *Metea* (la embriaguez), hija de Baco, y *Apedia* (la ignorancia), hija de Pan, fueron mis nodrizas. Y á propósito de mis sirvientas, es del caso que os las dé á conocer : aquella que os mira con aire de arrogancia, es el *Amor propio* ; esotra, de agraciado rostro y con las manos dispuestas á aplaudir, es la *Lisonja* ; ahí tenéis la diosa del *Olvido*, que se está durmiendo y tiene el rostro soporoso ; más lejos está la *Pereza*, con los brazos cruzados y apoyándose en los codos ; ¿no reconocéis á la *Voluptuosidad* en sus guirnaldas y coronas de flores y en las deliciosas esencias con que se perfuma ? Veis una, de mirada vaga y estúpida, que va de uno á otro lado ? es la *Demencia*. Esta de cutis tan brillante y de cuerpo tan obeso, es la diosa de las *Delicias*. Pero también veréis algunos dioses entre tantas diosas. El uno es *Como* y el otro *Morfeo*. Por el concurso de todos estos fieles servidores, yo someto á mi imperio todo cuanto hay en el universo ; por ellos gobierno á los que gobiernan el mundo ».

(1)

La alegría, como todo movimiento orgánico llevado á la exageración, puede redundar en gran perjuicio de la salud y aun causar la muerte súbita, por apoplejía cerebral. Una mujer de Lacedemonia y otra romana, al recibir en sus brazos al hijo que creían muerto en la batalla, mueren de exceso de alegría. Fouquet, superintendente de Hacienda francés, célebre por sus riquezas y lujo, fué preso al salir de una gran fiesta dada en Vaux á Luis XIV ; juzgado por sus enemigos, después de desposeerle de todos sus bienes, fué encerrado en una fortaleza, en donde murió al cabo de diez y nueve años, precisamente al recibir la noticia de su libertad. La sobrina de Leibnitz, falleció al ver la gran cantidad de oro que había heredado de su tío. Según Montaigne, el Papa León X murió de alegría al saber la toma de Milán. En fin : todos los autores de la antigüedad están contextes en atribuir á un ex-

(1) *Eloge de la Folie*, pág. 17, año 1508.

ceso de satisfacción la muerte de Diágoras de Rodas, de Chilon, de Sófocles coronado, de Deneys, tirano de Sicilia, de Filípides, de Filemón, de Policrates y de Filistion.

Estos casos no son, en verdad, muy frecuentes; pero para nadie es desconocida la agitación que subsigue á las grandes satisfacciones. La alegría ahuyenta el sueño, pues la gran proliferación de ideas mantiene vivamente estimulado el cerebro. En el sexo femenino y en los hombres de temperamento nervioso, la alegría súbita suele determinar síncope, á causa de que el movimiento periférico de la sangre hace que haya insuficiencia de este humor en los órganos centrales.

## XXII

Para describir el estado morboso correspondiente á la hiperemia de los elementos afectivos, correlativo á la alegría normal y que constituye la *expansión afectiva frenopática*, empezaré transcribiendo el siguiente pasaje de Griesinger.

«Los sentimientos morbosos con disposición á la alegría, á la extravagancia y al buen humor, con exageración de la actividad psíquica (y de ordinario también corporal) ofrecen grande analogía con las emociones expansivas y tienen las mismas consecuencias principales inmediatas. Hay también normalmente una *alegría loca*, en que el sentimiento de la felicidad presente, no sólo expende todas las fuerzas del ánimo, sino que hasta parecen realizarse todos los ensueños del porvenir; los hombres y las cosas nos tocan más de cerca; deseáramos que todos participasen de nuestra dicha y hasta quisiéramos estrechar entre nuestros brazos al mundo entero. En este estado de *alegría loca*, dice Griesinger, puede ya presentar un desorden bastante notable y cierta incoherencia de ideas, lo cual siempre demuestra que no hay una emoción muy profunda, si el individuo puede fácilmente dominarse. Así, lo mismo que en el individuo sano, estos sentimientos van de ordinario acompañados de una necesidad de movimiento exterior, de agitación, de locuacidad y de actividad moral. Estos estados se manifiestan de un modo análogo cuando se producen interiormente por la enfermedad; constituyen, por lo común, los estados fundamentales de lo que se llama monomanía; algunas veces se les observa también, aunque en grado más remiso, en la locura sistematizada y en la demencia agitada». (1)

Baillarger opone á la opinión de Griesinger un reparo clínico que me parece muy al caso. Estos estados de alegría y de expansión que se señalan como propios de la monomanía, corresponden más bien al primer período de la parálisis general de los alienados y al de excitación de la locura circular, que son precisamente los estados más decididamente hiperémicos de las enfermedades mentales. En efecto, los siguientes rasgos con que Esquirol describe el estado emocional de los monomaniacos, son evidentemente los que caracterizan el principio de la locura paralítica (que aun no había sido descrita como entidad nosológica en los tiempos en que escribió su *Tratado completo de las enagenaciones mentales* el ilustre médico de la casa de locos de Charenton): «Estos enfermos, dice, miran las cosas por su lado bello; satis-

(1) *Traité des maladies mentales*, pág. 73.

fechos de sí mismos, están también contentos de los otros; son felices, festivos, y comunicativos; cantan, rien y bailan. Dominados por el orgullo, la vanidad ó el amor propio, deléitanse en sus propias ideas de grandeza, de poder y de riquezas; son activos y petulantes, tienen una locuacidad incoercible y no paran de hablar de su felicidad».

La hiperemia fisiológica, ú órgano funcional del cerebro (comparable, según queda dicho, al rubor del semblante) como todas las de igual índole que se efectúan en otras partes de la economía sana, se distingue por la particularidad de que el acúmulo sanguíneo tiene lugar en los capilares más inmediatos á los elementos anatómicos activos, ó sean las células ganglionares. Y como las funciones cerebrales propiamente dichas son intermitentes, la hiperemia concomitante al movimiento funcional debe ser y es también periódica, correspondiendo su desaparición al agotamiento de la actividad de las células, á la disminución de su irritabilidad y á las necesidades de reposo y reparación dinámica.

Si, lejos de conservarse ese movimiento de flujo y reflujo de la sangre en los capilares del cerebro, por la mediación de estímulos persistentes ó por la excesiva potencia de otros de naturaleza moral ó física, la hiperemia capilar se hace permanente, el cerebro quedará constituido en un estado patológico duradero, ó sea en el de hiperemia crónica, que será causa eficiente de una *psicosis*.

De esta suerte, una sobreexcitación nerviosa habrá dado margen á una hiperemia cerebral crónica y ésta á su vez será causa de una excitación aun más exagerada de los elementos anatómicos de este órgano.

La hiperemia cerebral puede ser activa, ó por congestión, y pasiva, ó por éxtasis. Lo más frecuente es que coincidan las de ambas clases, ó que se transformen recíprocamente; pues repletos en exceso unos capilares, comprimen á los inmediatos y oponiendo obstáculo al paso de la sangre por ellos, ésta se detiene y se efectúa una hiperemia mecánica. Y es evidente que cuando mayor sea la cantidad de sangre activamente congestionada en los vasos opresores, será tanto más perfecta la oclusión de los oprimidos y, por lo mismo, será también proporcionalmente considerable la hiperemia pasiva que en ellos se efectuará.

Tanto la hiperemia activa como la pasiva, están en razón directa de la tenuidad de las paredes de los capilares y de la resistencia de los tejidos por donde éstos se ramifican. Los capilares del cerebro, y especialmente los de la substancia cortical, son delgadísimos y, por consiguiente, en alto grado dilatables, disposición que se halla á más no poder favorecida por la blandura de la substancia nerviosa. A no mediar más que estas condiciones de textura, las hiperemias del cerebro serían frecuentísimas y muy extensas; más como la caja craneana se adapta exactamente á su contenido, siendo de suyo perfectamente sólida y en modo alguno dilatable, resulta en favor de los vasos cerebrales una resistencia muy superior á la que podría esperarse de su estructura. Si la materia cerebral no fuese más ó menos compresible, si el encéfalo no estuviese ahuecado de ventrículos, y sobre todo, si el líquido subaracnóideo no pudiese ser desalojado del cráneo, refluyendo hacia el conducto raquídeo, que viene anchísimo á la médula, dejando así más espacioso el cráneo en el momento en que se llenan los vasos del cerebro, la hiperemia de este órgano sería de todo punto imposible. Mas, ya que no sean así las



cosas (por más que algunos se obstinen en negar la congestión cerebral), de las expresadas disposiciones orgánicas resulta: que ó la hiperemia cerebral es bastante circunscrita, ó que, caso de ser difusa (como sucede en las vesanias) predomina en una determinada sección del sistema vascular.

Como en las enfermedades mentales la irritación funcional se origina en la substancia cortical, la hiperemia se fija en los capilares de esta capa. Una congestión largo tiempo sostenida en los capilares de la substancia cortical, es causa de que éstos pierdan su contractilidad y se hagan asiento de lesiones de textura que les inhabilitan definitivamente para recobrar su normal calibre. A este estado pueden venir á parar todos los procesos hiperémicos de las vesanias, ora reconozcan por punto de partida una excitación funcional de la substancia nerviosa, ora dependan de una irritación exagerada de los vasos, ora, en fin, resulten de la disminución de la resistencia y elasticidad de las tunicas vasculares (locura por ateroma, descrita por Voisin).

Limitándose mi objeto á poner de relieve las analogías de los procesos normales con los patológicos de la razón humana, podría terminar en este punto lo concerniente á la anatomía patológica de las enfermedades mentales, cuya lesión fundamental es la hiperemia. Los procesos consecutivos al estado congestivo (apoplegias peri-vasculares, ó aneurismas disecantes, transformación grasienta de las tunicas de los capilares y de la substancia cerebral inmediata), son la continuación del proceso hiperémico y, por lo mismo, carecen de representación en el estado hígido; pero, como quiera que más adelante tendré ocasión de demostrar la homología entre los procesos tróficos de ambos órdenes, deberé aprovechar la oportunidad de evitar repeticiones para completar la descripción del proceso congestivo de la substancia cerebral, ya en su forma aguda, ya en la forma crónica. Permítaseme transcribir lo que sobre este particular tengo expuesto en mi *Tratado de Frenopatología*:

«A las formas agudas y crónicas de la alienación mental corresponden lesiones anatómicas, que Reindfleisch ha estudiado con particular esmero.

»Para reconocer los vestigios de la hiperemia en las formas agudas, es necesario no perder de vista que los vasos cerebrales en el cadáver están mucho más exangües que en el vivo; así que, para declarar la existencia de un estado congestivo, basta observar un ligero tinte rosado en la substancia blanca. La suma tenuidad de los capilares del cerebro es causa de que sus congestiones terminen frecuentemente por derrames, que se depositan en focos numerosísimos, pero tan pequeños, que en muchos casos sólo el microscopio los puede descubrir. Más; la presencia de éstos bastará siempre para poder asegurar que hubo una hiperemia, siquiera no quede de ésta el menor indicio.

»Una particularidad de las hemorragias capilares propias de las enfermedades mentales, consiste en presentarse casi constantemente bajo la forma de aneurismas disecantes. La sangre se abre paso á través de las tunicas interna é intermedia y se deposita entre ésta y la externa ó adventicia, á la cual levanta y despega de las subyacentes, formándose entre éstas y aquéllas un foco hemorrágico, de figura fusiforme y de color rojo obscuro. Bien es verdad que, al lado de estos derrames parietales, se ven á veces focos hemorrágicos extra-vasculares, como los que son propios de la encefalitis aguda; pero, en las enfermedades mentales, aquéllos no faltan nunca y son mucho más pronunciados que los de la última clase.

» El *reblandecimiento rojo* corresponde á la manía, y ofrece la particularidad de aparecer por capas sucesivas en la substancia cortical, siendo de notar que su punto inicial es, por lo común, la zona intermedia; lo que hace que, al practicar la avulsión de la pia-madre, sea arrastrada con ésta la zona más superficial de la substancia gris, por lo cual queda, después de esto, una superficie escabrosa y como ulcerada. En otros casos, la lesión de que tratamos se fija en la zona superficial, siendo muy raro encontrarla en la capa más profunda, inmediata á la substancia blanca. Reindfleisch explica estas condiciones anátomo-patológicas por la disposición que normalmente presentan los vasos capilares, los cuales, en el cerebro, ofrecen, según Arndt, tres departamentos sobrepuestos, correspondientes á cada uno de los períodos del desarrollo del órgano.

» Los corpúsculos de la sangre contenida en los derrames parietales de que hemos hablado, se transforman en granulaciones de pigmento, que, agrupándose de dos en dos ó de cuatro en cuatro ó en mayor número, quedan depositados por debajo de la túnica adventicia. Raras veces se ven algunas granulaciones pigmentarias en la substancia blanca cerebral; pero es muy común observar la pigmentación exagerada de las células nerviosas. Al propio tiempo que estas transformaciones de la sangre derramada, se inicia una nueva formación de tejido conjuntivo en la superficie externa de los vasos, que, en el estado crónico, es el agente más poderoso de la desorganización de la substancia cerebral.

» La *metamorfosis grasienta*, de los vasos capilares es la única transformación de tejido que corresponde al estado agudo de las enfermedades mentales; al rededor de los vasos se ven aparecer gotitas de grasa que les aislan de las partes vecinas. Hoy día no se puede asegurar si esta grasa procede de la substancia cerebral circunvecina ó si se forma en el mismo vaso; lo que sí se puede decir, que no resulta de un proceso regresivo, sino progresivo, pues coexiste con la nueva formación de células y fibras de tejido conjuntivo, de que queda hecho mérito.

» Las lesiones anatómicas que distinguen los estados frenopáticos crónicos, son mucho mejor conocidas que las de los estados agudos. También en aquéllas los vasos capilares son el teatro de la escena anátomo-patológica. Los vasos del cerebro están rodeados de una atmósfera de protoplasma, en donde tienen lugar las diferentes transformaciones que vamos á exponer. Este protoplasma perivascular aumenta en los estados frenopáticos, por la proliferación de los núcleos de la membrana adventicia y por la consecutiva formación de células nuevas. Las más periféricas de éstas emiten prolongaciones protoplásmicas que hacen que el vaso parezca erizado de espinas. Estas prolongaciones se continúan con ciertas células que mientras tanto se han formado en la substancia cerebral, por lo que éstas parecen de figura estrellada. En estos casos tenemos, pues, que de la superficie externa de los vasos cerebrales salen excrescencias que penetran en la misma substancia del cerebro; estas excrescencias pueden á su vez producir vascularizaciones, por el procedimiento de gemmación de los elementos anatómicos de las túnicas del mismo vaso. En todo este proceso, la neuroglia no tiene la menor participación, pues todo se efectúa en el tejido conjuntivo de los vasos. La atrofia de las células y tubos nerviosos, así como la pigmentación de aquéllas, son efectos consecutivos á las alteraciones vasculares que acabamos de reseñar.

La hidropesía y la esclerosis, la disolución granulosa y la división de los núcleos, son, en concepto de Reindfleisch, hechos muy raros en las enfermedades mentales. El edema de la pía-madre, junto con la excesiva proliferación del tejido conjuntivo perivascular, son las causas principales de las otras alteraciones de la substancia cerebral, pues ejercen sobre ésta una compresión que altera su textura y aun sus apariencias exteriores, toda vez que á simple vista se presenta coriácea y de color blanquecino ».

### XXIII

Desde que la parálisis general de los alienados ha fijado la atención de los prácticos, se han descrito acerca de ella cuatro variedades ó tipos: la expansiva, la melancólica, la paraplégica y la congestiva. Estas formas se refieren á la naturaleza del delirio y á la mayor ó menor expansión de la afectividad. En todas, si se exceptúa la melancólica, hay exaltación de los sentimientos alegres, que concuerda con el delirio ambicioso.

Es muy rara la forma melancólica. El mecanismo por el cual hemos visto que la hiperemia activa podía transformarse en pasiva, ó por estancamiento, explica suficientemente los fenómenos melancólicos que, en algunos casos, se observan. Lejos, pues, de desvirtuar éstos la homología que vamos demostrando entre los procesos hiperémicos normales y los morbosos, vienen á confirmarla.

Todos los locos inspiran compasión: más compasión que los que adolecen de males consuntivos ó muy dolorosos. El dolor moral falta en muy pocos, y este dolor, patológicamente exagerado, es, según confesión de los que le han experimentado, muy superior á los dolores físicos más acerbos. Cualquiera, por otra parte, puede juzgar de la exactitud de esta apreciación: ¿quién no prefiere los sufrimientos del más violento cólico á la amargura de la muerte de un hijo? Pero, si la enfermedad mental exagera extraordinariamente la intensidad del sentimiento de tristeza, también hace mucho más intensos los sentimientos de alegría. Por esto, en cierto modo, no es digno de lástima, sino más bien de envidia, el sujeto que se halla en el primer período de la locura parálítica. Las satisfacciones más completas tienen su contrapeso en la mente sana. El goce en la prosperidad se atenúa por la pena que nos causa la idea de que pueden pasar tan buenos tiempos, y hasta las inefables dichas del amor se acibaran por un barrunto de celos. La alegría frenopática es absoluta; no tiene la menor contradicción en el ánimo.

— « ¿Qué tiene usted? — preguntaba no ha mucho á un enfermo recién entrado en « Nueva-Belén ».

— « Trillones.

— « Poca cosa es el dinero: hoy día lo que hace falta es dignidad y poder.

— « Soy Emperador del Comercio; allá en la India tengo un ejército de 500,000 hombres.

— « No es mucho: lo que ennoblece al hombre es el talento y el saber.

— « Poseo todas las ciencias y todas las lenguas, y veo tan claro en lo presente como en lo futuro ».

Así se expresaba este sujeto, rebotando alegría y con cierta balbucencia labial, que considero patognomónica de la locura parálítica.

Conciben proyectos estupendos, sobre los cuales echan cálculos de gran fortuna. He aquí otro caso:

El Sr. G., maestro de obras, residente en Gracia, proyecta construir un cementerio para aquella población. Busca socios y accionistas y cree haberlos encontrado. «Puesto que hoy día, dice, los difuntos de Gracia han de ser enterrados en el cementerio de Barcelona, es evidente que desde el momento en que yo ofrezca la comodidad de poderlos enterrar en sitio próximo á la población, ninguno será conducido á Barcelona. O el Ayuntamiento de Gracia me compra á buen precio el cementerio, ó los enterramientos corren por mi cuenta. De todos modos el negocio es seguro. Este sujeto había estucado el Lavatorio de «Nueva-Belén» y, hablando de su habilidad, le dije:

- «¿Llevaría usted á mucha perfección el arte de estucar?
- «Voy ahora mismo á estucar los mármoles del Vaticano.
- «Esto no tiene nada de sobrenatural; otros podrían hacer lo mismo.
- «Es que después estucaré el rostro de la luna».

Las observaciones y experimentos de Poincaré inducen á creer que la hiperemia del cerebro, en la parálisis general, no es primitiva, sino efecto inmediatamente consecutivo á una lesión del ganglio cervical superior del gran simpático. El proceso ganglionar, que al principio es activo, se traduce por una hiperemia cerebral también activa. Más tarde, los elementos del ganglio experimentan la degeneración grasienta, y entonces la hiperemia encéfalo-meníngea difusa es puramente pasiva y va seguida de procesos regresivos que anulan por completo la actividad y las propiedades fisiológicas de la substancia nerviosa. Esta hiperemia pasiva depende de la relajación de los capilares, como privados del influjo excito-motor del gran simpático (plexo-carotídeo). Hállanse los vasos cerebrales en idénticas condiciones que los capilares de la oreja de los conejos, á los que A. Béclard seccionaba los filetes ascendentes del ganglio cervical superior.

He aquí porque en el primer período de la locura parálitica, todo es expansión afectiva y delirio ambicioso, y porque más tarde aparecen temblores y parálisis progresivos, á proporción que amaina el delirio megallo-maniaco y se pronuncia la demencia.

En vista de las perturbaciones de la motilidad que tempranamente aparecen en la locura parálitica, hay fundados motivos para creer (en concordancia con la anatomía patológica), que el foco hiperémico inicial no es el cerebro, sino más bien el cerebelo (centro ordenador de los movimientos y registro general en donde se reúnen todos los resortes de la motilidad voluntaria). Así como de ordinario las corrientes excito-motrices tienen su iniciación en la capa cortical de los hemisferios cerebrales (células intelectivas y afectivas) propagándose á las células de la capa profunda (volitivas) y desde éstas á las del cuerpo estriado, para convertirse en excitaciones cerebelosas (motoras); existen indudablemente corrientes cerebelo-cerebrales, á través de los pedúnculos cerebelosos superiores, que pueden determinar fenómenos afectivos, intelectuales y volitivos.

Así acontece en la parálisis general de los alienados; la irritación cerebelosa propágase al cerebro, engendrando la percepción autóctona (sentimiento) de energía, poder, vigor ó riqueza, específica de los estímulos de origen cerebeloso (al modo como son luminosas todas las percepciones de origen retiniano) y en este fondo emocional tónico, nace un delirio intelec-

tual, perfectamente adecuado. También es expansivo y ambicioso el delirio de los ebriosos. Por la inseguridad, vacilación y desorden de los movimientos y por la sensación de rotación vertiginosa de que se acompaña, ¿no estamos autorizados para sentar que el cerebelo es el centro nervioso primitivamente interesado en la intoxicación alcohólica aguda?

La expansión emotiva es un elemento muy común en las vesanias de marcha crónica y especialmente en las monomanías. No obstante, en éstas la alegría y la satisfacción no son un estado psíquico esencial, sino que están subordinadas al delirio intelectual y constituyen su consecuencia lógica, en el orden afectivo.

En tales casos, más bien que alegría, hay orgullo, presunción ó vanidad. Si el sujeto se muestra contento, es porque se *siente* príncipe, rey ó emperador. Está satisfecho de sí mismo; al revés del melancólico, en cuyo concepto él es la criatura más inicua y pecadora. El monomaniaco vive bien con su idea que resume toda su entidad moral. Apénale, empero, no encontrar en el mundo el tributo de consideración y acatamiento á que se mira acreedor. Su alegría no es, pues, absoluta, ni verdadera, ni primitiva. En esto difiere su expansión afectiva de la de aquellos en quienes se inicia la parálisis general.

En «Nueva-Belén» se alberga un monomaniaco que se dice Duque y descendiente de D. Pelayo, y otro (á quien ha poco he aludido) que se titula Emperador del Comercio. El primero come á la mesa de primera clase, duerme en un lujoso gabinete y viste levita de paño y sombrero; el otro, el Emperador, usa traje de dril, calza alpargatas y ocupa pensión de tercera clase. El Duque se muestra muy resentido por las pocas atenciones que se le tienen, y ha cobrado tal odio á su familia por haberle conducido á una casa de locos, que, renegando de su patria (Barcelona) no habla nunca en catalán. En cambio, el Emperador se encuentra bien hallado en su modesta pensión, sin que le ofendan sus bastos vestidos. He aquí, pues, el fundamento de lo que yo decía: en la locura paralítica, la alegría es esencial y sin tacha; mientras que la satisfacción del monomaniaco, como derivada del concepto delirante, no declina ni un punto de la lógica.

Hay una monomanía ó manía *alegre* (que no es precisamente la *coreomanía* ó *mania saltans*, de Chambeyron, pues ésta se confunde con el tarantismo, y aun con la epidemia de los *convulsionarios de San Medardo*) notable por el buen humor y afabilidad del alienado. A esta forma pertenece la vesania de un sujeto que hoy día reside en «Nueva-Belén». Para él el mal no existe. Dios, bondad infinita, no pudo crear nada malo. Que un hombre atente contra la vida del prójimo; que un hijo maltrate á un padre; que otro se apodere de lo ajeno... ninguno delinque ni peca; todos obran con buena intención. Ó ellos se equivocan ó nosotros juzgamos equivocadamente de su conducta. Según él, no hay dolor, ni enfermedad, ni muerte. Estas palabras no expresan sino el bien relativo. Tampoco existen negaciones: la sílaba *no* está completamente proscrita de su lenguaje. Decir *Canovas*, es emplear una palabra antifilosófica; debemos decir *Ca-sí-vas*. Nada menos adecuado que la palabra *novio*: es el *si-vió*, pues para amar á su futura, el hombre debió verla. Vive contentísimo en el manicomio. Todo merece su aplauso. Lejos de irritarle la reclusión, muéstrase satisfecho de vivir entre locos, para poderlos consolar (y en efecto les consuela. De mí dice que, puesto que le retengo allí,

es señal de que esto es lo que más le conviene y lo más justo. No es posible imaginar bondad ni amabilidad como la de este que, monomaniaco y todo, no vacilo en calificar de *bellísimo sujeto*. ¡Lástima que su extraordinaria filantropía le haya reducido casi á la pobreza, gastando en dádivas y limosnas un importante capital que se había allegado con su clarísimo talento y excelente instrucción! Si en el mundo hubiese bastantes personas dignas de alternar con un sujeto de tan nobles sentimientos, y si el mismo alienado no se mostrase tan contento de continuar en el manicomio ¿por qué habría de privar yo á la sociedad de un miembro que atesora tantas y tan recomendables virtudes, siquiera sean expresión de un trastorno mental?

#### XXIV

Apresurémonos á hacer resaltar la homología entre los procesos afectivos hiperémicos normales y los de la misma índole de carácter frenopático.

En primer lugar, es cierto que la expansión afectiva hígida (que constituye la alegría ó satisfacción moral) tiene su representación nosológica en diferentes vesanias, y en particular en la parálisis general de los alienados y en algunas formas de la monomanía.

Es también indudable que la expansión de los sentimientos en el hombre sano, está sostenida por un aflujo de sangre ó hiperemia transitoria de la substancia nerviosa.

Son asimismo de carácter simplemente hiperémico las lesiones cerebrales correspondientes á la exaltación morbosa de la afectividad.

Así como la alegría normal reconoce por causa eficiente una hiperemia ú orgasmo difuso en una grande extensión del cerebro, la alegría morbosa esencial, ó sea la que, lejos de derivar de conceptos delirantes, más bien los provoca, corresponde también á una peri-meningo-encefalitis difusa, que es la lesión característica del primer período de la locura paralítica, ó parálisis general de los alienados.

La alegría hígida, fundada en motivos intelectuales y razonables, rara vez es perfectamente pura; casi siempre la empaña algún concepto triste, siquiera sea el que deriva del temor de perder el bien de que gozamos. Por este motivo esta alegría no es con mucho tan expansiva como la infantil y otras normales espontáneas ó provocadas (como, por ejemplo, la que subsigue al uso moderado de bebidas alcohólicas).

Lo propio se observa en el orden frenopático: la alegría de los monomaniacos, fundada en la alta idea de su propia personalidad, es obscurecida por motivos externos de pena ó de adversidad, siendo entre éstos el más culminante el no hallar en el mundo el homenaje de respeto á que el alienado se considera acreedor.

Es tan cierto que el proceso normal de la alegría es hiperémico y de idéntica naturaleza que los procesos patológicos afectivos de índole expansiva, que el mismo Griesinger habla de una *alegría loca*, que viene á ser un estado de transición entre la cordura y la sinrazón. La alegría excesiva, ahuyentando el sueño, puede conducir á una sobreexcitación mental decididamente frenopática.

Concuerdan entre sí los procesos hiperémicos normales y morbosos de los elementos afectivos, en que en todos la congestión se opera en los vasos

capilares más inmediatos á las células nerviosas; pero, como en los primeros el aflujo sanguíneo es pasajero, pues no cesa de estar regido por la influencia excito-motriz del gran simpático, no va seguido de los aneurismas perivasculares, ni de las degeneraciones de tejido que tan frecuentemente se observan á consecuencia de las hiperemias morbosas del cerebro.

Algo análogo debe, sin embargo, suceder en la alegría normal (aun cuando no sea otra cosa que el agotamiento dinámico de las células afectivas), pues es un hecho constante que después de grandes diversiones, aun cuando no se hayan cometido excesos bromatológicos, experimentase un abatimiento de ánimo proporcionado á la intensidad y duración de la alegría. Es ya proverbial que en el rostro se distinguen los que van de los que vienen de una romería.

Entre la congestión cerebral propiamente dicha y las vesanias por hiperemia, existen grandes analogías; pero indudablemente el proceso anatómico de las últimas es más análogo al orgasmo funcional del cerebro que á la congestión vulgar. En efecto, las hiperemias vesánica y fisiológica concuerdan en los siguientes puntos:

1.º Radican en los vasos capilares más delicados, y por lo tanto (según queda dicho), en los más próximos á los elementos activos de la substancia cerebral.

2.º Son muy difusas, es decir: abarcan una grande extensión del cerebro, aunque con desigual intensidad en diferentes sitios (hecho que en el estado morboso explica el predominio poco duradero de determinados conceptos delirantes).

3.º Tienen poca ó ninguna estabilidad. La movilidad, sin embargo, es mucho mayor en el estado normal que en el frenopático. Tal es la causa eficiente de las alternativas de expansión, tranquilidad y abatimiento, propias del estado afectivo normal y de las exacerbaciones y remisiones del delirio que en corto intervalo de tiempo se observan en ciertas vesanias.

Los síntomas de la congestión cerebral (estupor, hemiplegias, y parálisis más ó menos parciales), de acuerdo con las investigaciones necroscópicas, demuestran la circunscripción de la hiperemia al mismo tiempo que su fijez. El proceso patológico dura más ó menos días y se disipa gradual y definitivamente sin alternativas. Diríase que al paso que en los procesos hiperémicos normales y vesánicos, la sangre de los vasos influye activamente por sus elementos constitutivos sobre las células ganglionares, en la congestión cerebral, acumulándose en vasos de mayor calibre, y por lo mismo más distantes de los elementos anatómicos, ejerce sobre éstos una acción puramente mecánica. Por esto son de compresión, estupor y parálisis los síntomas de la congestión cerebral clásica, mientras que revisten todos los caracteres de la sobreexcitación los del orgasmo cerebral y de la hiperemia frenopática; por igual razón también una sangría puede curar instantáneamente una congestión del cerebro, al paso que las evacuaciones sanguíneas, y en particular la flebotomía, deben casi proibirse de la terapéutica frenopática. Justo es, empero, consignar que si en algún caso están indicadas moderadas aplicaciones de sanguijuelas, es en el primer período de la locura paralítica.

XXV

Señores : La doctrina que tengo la honra de exponer adolece de un gran defecto : hoy por hoy carece de todo prestigio de autoridad, porque, á lo menos que yo sepa, nadie antes que yo ha intentado estudiar la homología entre los procesos normales y los patológicos de la mente.

Por este motivo, aun cuando un estímulo, de cada día avivado en la clínica, hace tiempo me impelía á abordar materia tan espinosa, he vacilado mucho antes de decidirme á traerla á este lugar. Ahí están sin embargo, los hechos y en ellos apoyaré mis razonamientos. A vosotros corresponde juzgar si alguna vez he sido seducido por analogías engañosas.

Con la velocidad del corcel que corre sin freno por un terreno en que no se descubre la más leve senda, abatiendo los abrojos que encuentra al paso, así marcharía la imaginación si la dejáramos explayar por los lados poéticos que el tema consiente ; pero, por lo mismo que no se me ocultan los peligros de semejante carrera ; por lo mismo que conozco que la fantasía es mala compañera en las tareas científicas ; al bosquejar este modesto trabajo me he impuesto toda la sobriedad compatible con la flexibilidad que debe tener la mente para tratar esta materia.

¿Rebasaré este prudente límite si, saliendo de la esfera de las individualidades clínicas, hago extensivo á las colectividades humanas el examen de las analogías de los estados normales y patológicos de que me ocupo ? Considerados colectivamente los modos psicológicos de la humanidad, ¿presentan, como los modos psicológicos del hombre, estados patofrénicos é higiofrénicos ? Los procesos orgánico-dinámicos de éstos, ¿corresponden á los procesos orgánico-dinámicos de aquéllos ?

Creo que lo dicho al tratar de la melancolía y de la tristeza resuelve perentoria y afirmativamente estas cuestiones. Veamos ahora si este mismo proceder es aplicable á los procesos expansivos de la afectividad.

XXVI

La libertad política, es efecto y causa de la expansión afectiva. El pueblo que, por influencias cósmicas, no siente estímulos externos que aviven el desarrollo de su actividad cerebral, no puede ser libre. El hombre que encuentra á mano, casi sin moverse del lugar en donde duerme, los elementos de que necesita para satisfacer las necesidades de su organismo, hállase en las mismas condiciones en que vive el vegetal : muere donde nació.

Los pueblos tienen siempre los gobiernos que merecen. El que vive oprimido es que es débil para quebrantar el yugo. Preferir el quietismo al trabajo, es manifestar aversión á la virtud, y los pueblos viciosos son siempre esclavos. Puede un pueblo laborioso arrostrar la calamidad del despotismo ; pero estad seguros de que su mal no será duradero. El pueblo es inmortal, y el tirano muere ó sucumbe en la lucha.

Despréndese de lo expuesto, que las mismas condiciones orgánicas y cósmicas que en el individuo engendran la prepotencia de los movimientos expansivos normales de la afectividad, producen el desarrollo de los senti-



mientos afectivos en las colectividades. Y si hay vesanias caracterizadas por la extraordinaria expansión de los referidos sentimientos, seguidas de parálisis musculares que conducen á la demencia y á la muerte, existen vesanias populares que recorren los mismos períodos, presentan los mismos síntomas, siguen la misma marcha y ofrecen idénticas terminaciones.

Entre mil que podría ofrecer en confirmación de lo que acabo de decir, presentaré como ejemplo clínico la historia del pueblo romano.

## XXVII

La infancia de Roma se parece á la de un hijo de Esparta; pero no le abona la nobleza de su stirpe: el núcleo de este pueblo lo forman pandillas de bandidos y proscriptos, á quienes capitanea el fratricida Rómulo. Sientan su domicilio en una de las siete colinas del Tiber; piden la mano de las hijas de sus vecinos, y éstos tienen á menos emparentar con tales aventureros. No les arredra á los romanos la negativa; su propósito queda consumado, por el célebre rapto de las sabinas. Entran en Roma los sabinos, decididos á vengar el ultraje; las esposas de los romanos se interponen entre éstos y sus padres, y el amor realiza la concordia entre los combatientes; desde entonces los primitivos pobladores de Roma se apellidan *Quirites*, y los sabinos, ocupando la roca Tarpeya, comparten el derecho político con los romanos. Los pueblos del Lacio no cesan de acosar á los romanos; mas, como aquéllos nunca aciertan á mancomunarse en la pelea, resultan siempre vencidos. Sedientos de riquezas y más guerreros que laboriosos, los romanos roban cosechas y ganados; ya opulentos, engalánanse con el título de ciudadanos, y decoran con el nombre de amor patrio su afán de extender los dominios. Sóbrales vigor y les falta unión; brotan disturbios intestinos que acabaran pronto con ellos, si sus caudillos no diesen en la idea de emplear el rebotante ardor bélico en la conquista de más extensos territorios. Una victoria sigue á otra; el pueblo romano parece ebrio de triunfos. Albanos, hérnicos, volscos, sabinos y etruscos, desaparecen bajo la furia de este pequeño pueblo. Opónense los galos, y los que no reciben la argolla de la servidumbre, son rechazados al Norte de Italia; entonces se levantan los samnitas, y cuando éstos imploran la paz, hacen su último esfuerzo los latinos. Roma lucha con todos y en todas partes recoge laureles que, en verdad, no revelan la superioridad de un talento militar, sino de la educación esencialmente guerrera de los ciudadanos. Las conquistas no son rápidas, sino sucesivas y graduales; de esto dimana su solidez. La población pasa lentamente de la indigencia á la riqueza; por esto no se corrompe tempranamente, como aquellos pueblos que en corto tiempo avasallan muchas naciones, ni como aquellos hombres que en pocos años improvisan una gran fortuna.

Favorecida por las circunstancias, Roma tiene y aprovecha la ocasión de pasar plaza de generosa protectora, mientras que extiende prodigiosamente sus conquistas. Luchan los sirios con los armenios, y los romanos les ofrecen un apoyo tan desinteresado, que acaba por la anexión; Sagunto llama á Roma en su auxilio contra Cartago, y Sagunto pasa á ser ciudad romana; Marsella abre á los romanos las puertas de las Galias; pónense al lado de los etolios para pelear contra Filippo, y auxilia á los rodios y á los egipcios contra los seleúcidas. En todas estas mediaciones, Roma termina por ejercer el

arbitraje del león, esto es : sometiéndolo á su yugo á los aliados y á los vencidos.

Roma ha traspuesto felizmente y con creciente lozanía su vigorosa infancia y una mocedad tanto más robusta, en cuanto, si bien favorecida por la suerte, no ha cesado de ir en busca de peligrosas aventuras ; pero Roma, ya bajo la sabia dirección del Senado, entra en una potente virilidad que durará cinco siglos. Su incremento ya no es obra de las circunstancias, sino de la sabiduría y exquisito tacto de aquel renombrado cuerpo. El pueblo-rey vence más por la diplomacia que por las armas. Busca y encuentra aliados en los vecinos de la nación á donde quiere llevar la guerra ; con el auxilio de los latinos y de los hérnicos, subyuga á los volscos y toscanos ; somete á los samnitas y sus aliados y de ellos saca un ejército para combatir á los galos. Roma impone sus leyes al vencido, pero no desdeña sus costumbres, ni vacila en dar culto á sus dioses. Prosiguiera por tan noble senda la política del Senado, y no mereciera la execración de la historia. Ciega de orgullo nacional, viene día en que Roma no respeta pacto ni compromiso, por sagrado que sea, con tal de llevar adelante sus conquistas. Patricios y plebeyos adolecen de este gran defecto. La astucia reemplaza á la generosidad : donde asoma una discordia, Roma halla medio de fomentar la división para debilitar el país, prepararlo para vencerle y atarlo al carro de sus triunfos. Ha pasado á la historia con carácter de proverbio la *fe romana*. Estos son indicios incontrastables de que Roma llega á la edad madura y que aquella noble expansión de sus sentimientos se va trocando en egoísta concentración de espíritu ; la codicia ocupa el lugar de la emulación. Réstanle aún al pueblo romano vestigios de su magnanimidad ; su acendrado amor á la libertad y á la patria. Estos sentimientos se sobreponen á todos, hasta á los de la familia ; Bruto no repara en sacrificar á sus hijos para salvar á la patria.

Entretanto Roma no se apercibe de que, al paso que se engrandece materialmente, mata en su propio seno el principio republicano, á que debe su pujanza. Aun cuando conserve la forma republicana, hace años que en la capital del mundo se hace vida monárquica. Así se prepara el advenimiento de Augusto, que, con refinada política, asume poco á poco todos los poderes de la nación y con su prudencia se conquista la admiración de los romanos, quienes no tardan en pasar á la humilde condición de súbditos y colocan á Octavio en el número de los dioses. Desde este instante, Roma deja de ser la nación admirable por sus virtudes cívicas : ha abdicado de su dignidad y se ha entregado sin resistencia á emperadores, entre los que pocos dejaron de ser ineptos ó malvados.

Tiberio, receloso de la rivalidad de Julia y Póstumo Agrippa, nietos de Augusto, inaugura su reinado haciéndoles asesinar. Piñón envenena á Germánico, enviado á Siria, y Tiberio, cediendo á la indignación del pueblo, manda procesar al asesino, quien no puede revelar el secreto móvil de su crimen, porque el emperador le hace dar muerte en la cárcel. Libre de la sombra de Germánico, Tiberio se entrega al más desenfrenado despotismo ; menudean las acusaciones de lesa Majestad, seguidas de terribles ejecuciones ; la delación es siempre bien recibida, con tal de que procure el descarte de personas que hacen sombra al monarca ; los senadores inclinan servilmente la frente ante el tirano ; ya no hay más que aduladores y cobardes. Tiberio pudo decir : « ¡ Cómo corres, oh vil nación, al encuentro de tu servi-

dumbre!» Hasta el mismo Sajano, encumbrado á la cúspide del favor, vistiéndolo la púrpura imperial por delegación de Tiberio, mientras éste ocultaba en Capua el vergonzoso estado á que le han conducido sus excesos, es condenado á muerte, junto con todos los suyos, por el Senado, ó mejor, por una carta del suspicaz Trajano.

Roma en tanto ya no tiene fuerzas para librarse de un príncipe de corazón tan duro que, no sólo se solazaba contemplando los dolores de las víctimas que por puro capricho inmolaba, sino que empleaba su ingenio en la invención de nuevos tormentos. No le arrojó del trono la indignación del pueblo; el joven Calígula, auxiliado del prefecto del pretorio, Macron, acabó con la vida de este monstruo extrangulándole.

Pero era tanta la abyección del pueblo romano, que, libre ya de Tiberio, sufrió sin muestras de descontento el yugo de tiranos aun más crueles que el hijo de Augusto. ¿Quién ignora las atrocidades de Calígula, el indigno hijo de Germánico, que (loco, sin duda) quiso hacer cónsul á su caballo, llegando ya á hacerlo vivir en su palacio y á ofrecerle de rodillas cebada dorada? ¿Quién no sabe que el matador de Tiberio pedía á los dioses que hicieran que el pueblo romano no tuviera más que una cabeza para tener el placer de cortarla de un solo golpe? ¿Quién no recuerda la debilidad de Claudio, de execrable memoria por las liviandades de Mesalina y á cuya vida pone término el veneno de su segunda esposa Agripina, madre del monstruo que había de abrirla las entrañas para maldecir el seno en que fué concebido? ¿Qué sentido moral es el de un pueblo cuyo Senado, no sólo aplaude la apología que hace Séneca del parricidio cometido por su discípulo Nerón, sino que celebra con públicos festejos y acciones de gracias tan inaudito crimen?

Bien merecía Roma, ya que tantas iniquidades había consentido, que un tal tirano se cebase en la sangre de su ayo Burro, de su esposa Octavia, del virtuoso Treseas, de los poetas Petronio y Lucano y hasta de su maestro Séneca, y que por mero pasatiempo, mientras en noche apacible, desde lo alto de su palacio cantaba la ruina de Troya, amenizase la orgía á la luz del incendio de muchos cuarteles de la ciudad.

Ha pasado para Roma la edad de la sana razón, desde el punto en que, rica y poderosa, abandona el cultivo de sus instintos guerreros, acalla los elevados sentimientos de libertad y patria, y se entrega desenfrenada al lujo y á los placeres. El sensualismo estraga la organización y mata en flor las nobles disposiciones que constituyen el legado de ese gran pueblo. Es un cerebro agitado por vapores alcohólicos, que antes de caer en la modorra precursora de la muerte, aun despide destellos de su brillante imaginación; aun en su decadencia tiene poetas que cantan sus pasadas glorias y divinizan sus vicios; mas, ya no sirve para las grandes empresas, ni tiene ánimo para defender sus derechos, ni valor para arrojar del trono á los malvados príncipes que derraman la sangre de sus hijos y ultrajan las canas de sus ancianos. Roma es ya el ludibrio de los bárbaros; su vida se extingue como la del demente cuyo cerebro se va reblandeciendo por una serie de procesos flogísticos y de focos apopléticos. Tras la exaltación y el delirio festivo, aparece la parálisis, cuyo progreso no se detiene hasta que, con el movimiento del corazón y de los pulmones, se apaga la vida. Tiene Roma en su triste decadencia, días de esplendor y aparente bienandanza; pero ¿cuál es el demente que no tiene intervalos de lucidez ó calma?

Sobre este caso práctico y sobre otros muchos de la misma índole que registra la historia de las naciones, creo que pueden establecerse los siguientes aforismos de Frenopatología social :

1.º Pueblo pletórico de poder y de riquezas, hállase próximamente amenazado de perder la virtud ó sea el amor al trabajo, de caer en los delirios de la voluptuosidad y de encenegarse en la crápula.

2.º Pueblo que, sin estremecerse, se deja arrebatarse sus libertades, sea por dolo ó por terror, adolece de una enfermedad cerebral que le conducirá rápidamente á la demencia ó al estupor melancólico.

3.º Pueblo que no brega por recobrar su libertad ó su independencia, es un pueblo niño, que no tiene aptitud para vivir sin tutela, ó es un demente, que ha abusado del placer en daño de su cerebro.

## XXVIII

PROCESOS DE LOS ELEMENTOS INTELECTIVOS. — NORMALES : GENIO. — MORBOSOS : HIPERFRENIA, IDEOFRENIA Y EXALTACIÓN MANIACA

Si el *Genio* no es una neurosis (como ha dicho un alienista moderno), no difiere mucho de una vesania. En esta diferencia (aun suponiendo sea leve) estriba, sin embargo, el que el genio constituya la última perfección de la mente humana, mientras que la locura sea una imperfección, pues es un verdadero estado patológico.

Apenas se encontraría hombre ilustre que, en concepto de muchos, no haya sido tenido por loco. Los abderitanos tuvieron necesidad de los consejos de Hipócrates para no seguir considerando demente al filósofo Demócrito, de quien el médico de Coos dijo ser *uno de los hombres más sabios de su siglo*. Convencido de la verdad del sistema de Copérnico, que la Inquisición había declarado absurdo, filosóficamente falso, formalmente herético y expresamente contrario á la sagrada Escritura, Galileo lo enseña públicamente. Condenado á prisión perpetua, obliganle á doblar la rodilla y á maldecir la teoría del movimiento de la tierra. El gran matemático parece acatar la orden del terrible tribunal, mas al levantarse, golpeando la tierra con el pie, exclama : *¡y sin embargo se mueve!* — Hombre que de tal modo sacrificaba su vida á una idea, hubiera parecido poseído de tenacidad monomaniaca, si en aquel entonces no se hubieran casualmente inventado los primeros catalejos que, permitiendo observar la rotación del planeta Venus, demostraban que de análogo movimiento era susceptible la tierra.—Si el 8 de Octubre de 1492, día sexagésimo quinto de la navegación comenzada en el puerto de Palos, una ráfaga marítima hubiese sumergido en el Atlántico las carabelas próximas á arribar á la isla de San Salvador, Colón hubiera pasado á la historia con el dictado de visionario, que le dieran los sabios de España, é Isabel I hubiera sido tachada de sobrada cándida por haber dado asentimiento y aun vendido sus joyas por los discursos de un loco.

Es, pues, indudable que el sentido vulgar confunde con sobrada frecuencia en una común consideración al genio y á la locura. Esto indica que entre ambos estados ó condiciones de la mente existen importantes analogías que deberé esforzarme en señalar.

Dios se revela en la naturaleza; el genio, emanación divina, no es más

que el trasunto de la entidad creadora. Las obras del genio (derivado seguramente de *genao*, engendrar) no son imitaciones, sino creaciones. Halla, sin buscarla, su inspiración en la naturaleza, manantial inagotable de verdad y de belleza. Nada más bello que la naturaleza en su perfección primitiva: la armonía de los sonidos, de los colores, de las formas y de los sentimientos es tanto más grata cuanto más se aproxima á la que espontáneamente nos presentan las criaturas. En todas las manifestaciones del talento, lo que más nos atrae es aquella espontaneidad que comunmente se llama originalidad.

Entre un jardín simétricamente adornado de plantas raras, de vistosísimas corolas, anchos follajes y sonoras cascadas, y una floresta surcada de caprichosos arroyos, salpicada de selváticas melodías de pájaros é insectos, fiel expresión de la virginidad de la tierra, el sentido estético acuerda su preferencia á la floresta. Allí se aplaude la mano del hombre, aquí se admira la mano de Dios.

Los antiguos concibieron exactísima idea del Genio. Describiéronle en ese lenguaje alegórico, que después nadie ha sabido imitar. Prometeo, instruido por Minerva, intenta crear el hombre: incorpora al mejor barro que puede hallar, las partes más nobles de diferentes animales y forma una estatua. Fáltale el calor de la vida: armado de una férula, y sustrayéndose á las miradas de Júpiter, roba el fuego del sol y lo arrima á los precordios de la estatua. Advierte el Dios tonante el rapto de Prometeo, y tanta osadía le irrita. Manda á Vulcano formar una mujer radiante de belleza, á quien todos los dioses le otorgan sus dones: es Pandora. Provista ésta de su célebre caja, que contiene todos los males, procura seducir á Prometeo. El discípulo de Minerva resiste; entonces Pandora dirige sus encantos contra Epimeteo; el hermano de Prometeo cae en la celada y abre la malhadada caja. Desde entonces los males andan sueltos por el universo. Apenas se llegó á tiempo para cerrar la caja antes de escaparse la esperanza, que, por fortuna, estaba en el fondo. ¿Quién ignora el desenlace de la fábula? Habiendo intentado violar á Palas ó sea Minerva, es Prometeo encadenado en una roca del Cáucaso, donde sufre el tormento del buitre que sin cesar le devora el hígado; y duraría aún el martirio de Prometeo (pues el hígado le crecía á proporción que el buitre se lo roía), á no haber sido el magnánimo valor de Hércules, que rompió las cadenas y atravesó con una flecha el buitre carnicero.

Prometeo (de *promanthancin*, prever ó predecir) es la previsión. Epimeteo (de *epimanthancin*, escarmentar) es la imprudencia; Minerva es la ciencia, que saca al hombre de la condición de bruto y le encumbra hasta el Olimpo para adquirir la luz del genio; la férula, instrumento disciplinario que en la infancia estimula á aprender, tiene cabal aplicación en la fábula, toda vez que en ella Prometeo se llevó el fuego del sol. Pandora representa las seducciones del amor, que no hacen mella en el hombre prudente y que labran el infortunio en aquellos que, como Epimeteo, no las saben resistir, quedándoles únicamente la esperanza como consuelo. El suplicio de Prometeo, por haber intentado forzar á Minerva, es el castigo á que están condenados los que no moderan su afición al estudio y quizás los que abusan de las teorías, las cuales encadenan de tal modo el espíritu, que es necesaria hercúlea potencia intelectual para librarse de tal opresión.

XXIX

Siendo el genio la expresión de un conjunto de aptitudes intelectuales superiores á las que constituyen el patrimonio del común de los hombres, es innegable que orgánicamente deben corresponderle condiciones cerebrales de orden excepcional, y así como queda demostrado un orgasmo fisiológico que sobreexcita la actividad de los elementos afectivos de la substancia nerviosa, existe indudablemente un orgasmo de los elementos intelectivos que es causa eficiente del genio. Por esto siempre se ha representado como un calor, como un fuego, como una llama, emblemas que anatómicamente corresponden á una hiperemia del cerebro. También se dice que el *rubor enciende* las mejillas, y el rubor es una hiperemia fisiológica del rostro, y del propio modo que ciertos semblantes, en virtud de determinadas condiciones de organización vascular y nerviosa, son más ruborizables que otros, hay sin duda alguna cerebros predispuestos á experimentar la hiperemia fisiológica en más alto grado que otros.

Tal es la razón que invoco para asimilar el proceso normal del genio, al morboso de la hiperfrenia y del delirio, esto es: á la agitación maniaca y á la ideofrenia.

Los caracteres del genio y las condiciones fisiológicas y cósmicas en que se manifiesta, prueban, en efecto, de un modo incontrastable, que responde á un movimiento vascular expansivo de la substancia cerebral.

¿Dónde colocaron los antiguos la residencia de Minerva? En la industriosa Atenas y cerca del monte Parnaso, morada de Apolo y de las musas. Allí, en una ciudad republicana, en un pueblo que no conoció el ocio, ávido de gloria, lleno de noble emulación, vinculado por los lazos del comercio con todas las naciones, regido por las sabias leyes de Solón y en el siglo de Pericles, floreció esa pléyade de hombres ilustres, cuyos escritos aun hoy día consultamos con respetuosa admiración, y que habían de ser los maestros de los orgullosos romanos, probando una vez más que la fuerza de la inteligencia avasalla más que la fuerza de las armas.

Apuntemos este hecho histórico en corroboración de que el genio necesita para su expansión un ambiente físico y moral esencialmente tónico y estimulante. Otros hechos de la misma índole: la mayoría de los hombres eminentes han sido primogénitos ó engendrados fuera del matrimonio. Los pueblos del Asia consideran hijos de virgen á Zoroastro, Confucius, Mahoma, Vistnou y demás de sus grandes legisladores; Hércules, Teseo, Castor y Pollux, y Rómulo, nacieron de ilícitos amores; Eneas, Thetis y Aquiles fueron hijos de Venus; Homero, Galileo, Cardan, Erasmo, Jaques Delille, nuestro héroe de Lepanto y otros genios no menos preclaros eran bastardos; es que el primer amor es siempre más fogoso y da productos más sublimes.

Entre la fuerza generadora y la actividad cerebral media cierto antagonismo. Ningún hombre de genio ha sido muy dado al amor; Minerva era virgen y los griegos la representaron casi privada de mamas, es decir: poco afeminada, y defendido el corazón de los dardos de Cupido por la cabeza de Medusa. Las Musas eran también vírgenes.

Quien abusa de los placeres sexuales, agota tempranamente el genio. Esa

derivación de la vida hacia los genitales, redundando en detrimento de la vida cerebral; un orgasmo priva otro orgasmo. De aquí sin duda que los hombres de brillante inteligencia sean poco prolíficos y que sus hijos no hereden su ingenio.

Raras veces una grande inteligencia se concierta con un cráneo diminuto, cuello largo y delgado y elevada estatura; los organismos apopléticos son los más distinguidos por su talento. Enérgico movimiento cardíaco, amplio tránsito de la sangre por las carótidas y corta distancia desde el corazón al cerebro;... ¿quién no ve en estas disposiciones de estructura todo cuanto propende á favorecer el vivificante aflujo de la sangre en la substancia cerebral?

Apresurémonos á añadir que para ver centellear el genio no basta que el cerebro reciba mucha sangre; requiérese excepcional excitabilidad de los elementos ganglionares; es indispensable que haya extraordinaria aptitud para el sentimiento. Así, con un mediano riego, pueden determinados cerebros sobrepasar el nivel de las inteligencias. Es que la substancia nerviosa goza de privilegiada impresionabilidad.

Por lo común, el genio se revela desde la infancia; pero se engañaría quien creyese que esos niños vivarachos, saltones y precozmente garruleros son predestinados á grandes cosas; frutos tempranos y sazonados antes de tiempo, tórnanse mustios antes de adquirir dulzor y aroma. Por el contrario, el niño en quien despunta el genio, aunque profundamente sensible, preséntase taciturno y propenso á la admiración. Acósale insaciable avidez de saber, no cesa de observar, es apasionado y entusiasta, y aprende menos con el preceptor que consigo mismo. Ya en tan tierna edad sus gustos é inclinaciones indican la especialidad del talento; los juegos infantiles de Vesalio consistían en disecar ratas y perros, y las travesuras de su mocedad, en penetrar furtivamente en los cementerios para abrir cadáveres humanos. A los doce años, por medio de esferas y barras, Pascal se había elevado á las más sublimes proposiciones de Euclides. Desde niño, Vaucanson adivinaba el mecanismo del reloj. Demóstenes, á la orilla del mar, hacía gimnástica oratoria esforzándose en declamar, llena de piedras la boca. Los trofeos de Milciades turbaban el sueño del niño Temístocles.

Es carácter peculiar del genio y condición que aparentemente le asimila á la locura la *originalidad*, esto es: la irresistible tendencia á apartarse de las vías ordinarias del juicio. La originalidad consiste en la concepción de una idea nueva en el mundo moral, que domina á las demás, imponiendo al raciocinio una ordenación sistemática esencialmente diferente de la que rige en la generalidad de los entendimientos. De ahí que á las inteligencias privilegiadas se les achaquen defectos de sentido común y que se haya dicho que todo hombre eminente tiene *su grano de locura*. También los locos carecen de sentido común; aquel monomaniaco optimista, á quien anteriormente he aludido, que niega la existencia del mal porque Dios, autor de todas las criaturas, es todo bondad ¿no sería acaso un genio indigno de nuestro siglo preñado de maldad y de suspicacia? Yo le respeto y amo más que á los otros alienados.

La modestia, la verdadera modestia, espontánea, nacida de la ausencia de la noción del propio mérito, es otro de los rasgos más característicos del genio. Como las ideas brotan en el cerebro sin el menor esfuerzo y sin cos-

tarle ningún trabajo, el hombre no se considera acreedor á recompensas. ¿Por ventura pide aplausos el ruiseñor para el mérito de sus trinos? ¿los necesita la abeja para elaborar sabrosa miel? ¿hay modestia comparable á la de la violeta que embalsama los prados? Vanidad y talento son condiciones incompatibles en el espíritu. Todo lo ampuloso es frágil y no hay cosa más hueca que la vanidad. El genio no vive de recompensas... vive sólo de libertad.

Aquí resalta otra concordancia entre la manía y el genio. En la exaltación maniaca vemos un estado hiperbólico de las facultades intelectuales. Si el maniaco no delira y si subsiste la coherencia de las ideas, sorprende que una persona de talento vulgar diga tantas y tan bellas cosas. Algunos versifican con extraordinaria facilidad; á otros se les ocurren imágenes retóricas de primer orden; y los hay que despliegan una memoria de todo punto inusitada. Un estudiante de Medicina, afectado de manía simple, que durante su carrera había tenido notas muy modestas, fué examinado de Reválida, aun no disipado su estado hiperfrénico, y obtuvo calificación de sobresaliente. Tan brillante éxito no le produjo la menor impresión.

Difiere la moral del hiperfrénico del estado emocional propio del primer período de la locura paralítica, en que en éste hay grande exaltación del aprecio de sí mismo; lo propio se observa en muchas monomanías. El que adolece de manía simple, no está contento ni descontento de sí mismo; sólo vive por la inteligencia; su afectividad no se conmueve ó sólo se perturba de un modo secundario por las ideas delirantes: domina la ambición; no el orgullo ni la vanidad.

El genio, como la manía, tiene sus paroximos, que no podemos dispensarnos de considerar como manifestación dinámica de raptos hiperémico-cerebrales. Esta erección mental constituye el *numen*. El genio en sí mismo no es más que la virtualidad de una extraordinaria actividad intelectual; el *numen* consiste en el ejercicio de esta potencia, llamándose *estro* el estado de la mente durante esta sobreexcitación del cerebro.

En el orden frenopático, los términos correlativos al *genio*, al *numen* y al *estro* son: la *mania*, el *furor* y el *paroxismo*.

El estado especial de la mente de los que experimentan el *estro* (casi privada de toda atención del lado de la sensibilidad), es causa de que sobre este particular no nos hayan podido ofrecer sino descripciones bastante vagas. Tampoco, por igual motivo, estamos mucho más ilustrados en punto al estado interno de los maniacos en los arrebatos de furor. La iniciación de *estro* tiene, empero, algunas analogías con el aura epiléptica; sienten una especie de viento tibio que, desde el epigastrio, se les sube á la cabeza: otros perciben un calor, una llama que suavemente les calienta el cerebro. En algunos el paroxismo intelectual se extrema hasta los límites de la catalepsia, quedando privados de sensibilidad y de movimiento; tienen el pulso débil é irregular y la respiración lenta; toda la vida se concentra al rededor de un territorio cerebral, que entra en activísima función. Tal era el estado de las sibilas y de los profetas; tales serían las condiciones en que se encontraba el cerebro de Arquímedes cuando la toma de Siracusa: preocupado en la resolución de un problema geométrico, no sólo no se apercibe del estruendo del asalto, sino que ni oye la voz, ni ve al soldado romano que le apunta al pecho la espada que debía atravesarle.



No hay alienista que no haya notado ser la primavera la estación en que más se exaltan los maniacos; esta es también la época del año en que los manicomios registran mayor número de admisiones de alienados furiosos. La misma influencia vernal se observa, en concepto de Virey, en la florescencia del genio. «En efecto, dice, se ve casi siempre que la primavera y el verano encienden la fiebre, el genio, así como es también un hecho que el calor atmosférico predispone á los accesos de manía, y que hay mayor número de hombres espirituales y de locos bajo los cielos meridionales que en los climas fríos»:

### XXX

#### PROCESOS TRÓFICOS DE LOS ELEMENTOS INTELECTIVOS

Los locos y los niños se parecen mucho; aquéllos carecen de entendimiento porque lo perdieron; éstos porque aun no lo han adquirido. Hay la misma proporción que entre el indigente que no heredó bienes de fortuna, y el rico que se encuentra arruinado. Por esta razón un manicomio debe tener más condiciones de escuela que de hospital. De una escuela á un manicomio no hay más diferencias que las que se refieren á la instrucción propiamente dicha; el manicomio viene á ser una escuela de párvulos. En ambos hay iguales tendencias educativas: el manicomio procura restituir al cerebro sus aptitudes funcionales; la escuela propende á desplegar las que virtualmente se hallan contenidas en la substancia de aquel órgano.

El proceso formativo del cerebro conserva estricta concordancia con el desenvolvimiento de la inteligencia. Pueden en el decurso de este proceso evolutivo, ocurrir suspensiones del movimiento trófico del cerebro y ocasionar detención del desarrollo funcional; en este caso tenemos las anomalías frénicas llamadas *idiotismo*, *imbecilidad* ó *cretinismo*.

De donde resulta, que entre los defectos de desarrollo frénico y los procesos formativos de los elementos intelectivos, hay, no sólo verdadera homología, sino la más perfecta identidad. El idiotismo, la imbecilidad y el cretinismo no son más que la infancia cerebral perpetua.

La más elevada expresión de la vida zoológica está orgánica y dinámicamente sintetizada en el cerebro, así como la flor concentra la última potencia fitológica. Plantas hay que crecen en la nieve, casi sin tierra y sin sol; las algas y los musgos no necesitan más que un poco de humedad para vivir y reproducirse. Ninguno de estos vegetales ostenta corolas ni produce frutos preñados de semillas: son modestísimas criptógamas, reinas de la vegetación en tales sitios, porque ningún organismo osaría pasarse con tan frugal nutrimento. Un suelo impregnado de materias orgánicas, provisto de sales sódicas, calizas y amoniacales, empapado de agua y bajo el estímulo de los rayos solares, se puebla de plantas de leñosos tallos, de extensas hojas, de vistosos pétalos, de balsámicos perfumes y de sabrosas frutas. Hay también ambientes abortivos para la flor del organismo humano; son precisamente aquellos en donde abortan las plantas, es decir: los valles sombríos y las gargantas de los altos montes, triste morada de idiotas, cretines y semi-cretines, frecuentemente agobiados por el deformante bocio.

Trazar la historia de la vida cerebral, desde el nacimiento hasta la pubertad, y subdividir por numerosas intersecciones las etapas de este desarrollo,

es dejar expuesta la *fenomenología* (ya que aquí apenas sería lícito decir la *sintomatología*), de las infinitas variedades que ofrecen las anomalías mentales por defecto de desarrollo.

Hay un idiotismo que Griesinger califica de *grave*, en que la inteligencia es casi nula.

«En estos individuos, dice, las sensaciones son tan débiles, que apenas evocan ideas, y las pocas que nacen son tan superficiales y fugaces, que jamás se elevan á la abstracción, ni á la generalización, ni al juicio, ni, en fin, á la conciencia. Las ideas son puras impulsiones materiales, que se desvanecen al punto en que cesa el incitante del sentido. De ahí que no haya coordinación, ni encadenamiento, ni proliferación espontánea de conceptos, ni atención, ni reflexión, ni determinaciones voluntarias. Estos individuos viven en un puro automatismo; no sólo son inferiores á los irracionales, sí que también á las plantas; éstas se bastan á su propia nutrición y desarrollo; los idiotas de quienes tratamos perecerían si alguien no cuidase de proveer á sus necesidades orgánicas, pues ni tan siquiera tienen noción de su propia individualidad». (1)

Corre parejas con este grado máximo de idiotismo el estado mental del recién nacido. No ve, porque, á pesar de hallarse ya perforada la pupila, sus ojos están cerrados. Abrelos luego, pero aun continúa ciego, porque todavía no se han desenvuelto los aparatos cerebrales destinados á las percepciones ópticas; ni oye, ni siente olores, ni percibe sabores; sólo hay un sentido vago é indefinido: el de las impresiones de contacto, ó sensibilidad general. Las corrientes impresionadoras se dirigen por los nervios al sensorio y trascienden á los centros del movimiento, sin hacer mella en los aparatos cerebrales propiamente dichos. El contacto del pezón y de la leche en la mucosa de la boca, despierta movimientos de succión, por un mecanismo idéntico á aquél en virtud del cual las gallinas á quienes Flourens había extirpado los hemisferios cerebrales, deglutían el grano de trigo que se les colocaba en el pico: pura acción refleja.

Así son los restantes movimientos de la criatura. Apenas entreabiertas las puertas de los sentidos, su cerebro no recibe percepciones; carece, pues, de materia funcional; necesita atesorarla en sus células. Á proporción que éstas se ensayan en la percepción, se desenvolverán material y dinámicamente, y proliferarán con mayor actividad. Le sucederá al cerebro lo que al músculo, que á medida que se contrae, aumenta en masa y en potencia.

Si, en lugar de desplegarse normalmente, el proceso formativo del cerebro se detiene en el ser y estado en que se halla al nacer, crecerá el organismo todo, pero la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad y hasta los instintos, quedarán sumamente rudimentarios. Por esto la cabeza y el cerebro de los idiotas más degradados ofrecen tan sorprendente semejanza con el cerebro y la cabeza del recién-nacido: el diámetro fronto-occipital es extraordinariamente prolongado, la frente está abatida y la porción frontal sobrado proeminente. La substancia de los hemisferios cerebrales es una pulpa gris-rojiza y gelatinosa, en la que apenas se ve substancia blanca, ni indicios de fibras comisurantes. A tal continente, tal contenido; á tal cerebro, tal función.

---

(1) Véase mi *Frenopatología*, pág. 548.

Por fortuna, no todos los idiotas se hallan tan desprovistos de entendimiento; los hay que sólo carecen de una facultad, manifestando bastante desarrollo en otras; algunos son casi completamente insensibles, otros reciben impresiones sensoriales, pero no las transforman en ideas ni en juicios; otros carecen de toda noción abstracta; ni tienen idea del tiempo, ni del espacio, y toda su actividad se reduce á ingerir los alimentos que se les ponen en la boca, en cuyo caso suelen carecer del sentido interno que da origen á la necesidad de expresarse. Otros, más adelantados, manifiestan claramente las emociones de su espíritu; conocen las personas con quienes conviven, comprenden los preparativos de la comida y sienten necesidad de ejecutar movimientos. No faltan ejemplos de idiotas dotados de buena memoria; éstos son los más educables, pudiendo aprender á hablar, á leer y aun á escribir; también se advierten en algunos ciertas facultades artísticas; algunos pintan con mediana perfección, otros manifiestan disposiciones para la música, cantando con afinación y deleitándose al oír alguna tocata, etc.

Es asimismo susceptible de numerosas gradaciones el sentido afectivo de los idiotas: unos están siempre malhumorados y propensos á encolerizarse; otros son alegres, festivos y cariñosos. Cambian fácilmente de temple y, por lo común, sin motivo conocido, á no ser la sensación de hambre, que á todos encoleriza. Hasta en los idiotas más completos se observan estas alternativas del estado moral, tienen días alegres, días melancólicos, días en que se enfurecen por cualquier cosa, están intratables, gritan, pegan, quieren morder y se hace preciso sujetarlos. En los grados menos acentuados, la educación puede modificar favorablemente estas irregularidades de carácter.

La premura del tiempo no consiente me extienda en pormenores relativos á los caracteres de los diversos grados de la *hipofrenia* ó *cacofrenia* (páseseme este neologismo) ni en la descripción de las anomalías que presentan el cráneo y el cerebro de los idiotas, imbeciles, cretines, *astenógenos simples* é inteligencias anormales; me referiré, pues, á lo que tengo escrito en mi *Frenopatología*. Si individualizásemos la serie de estos desarrollos, tendríamos exactamente la historia del progreso infantil. Así, el feto, desde la concepción hasta el nacimiento, recorre toda la escala del perfeccionamiento zoológico; así la humanidad, en su natural desenvolvimiento, manifiesta, según la doctrina del transformismo, la evolución de todas las especies; así la naturaleza, desde los tiempos prehistóricos hasta las edades modernas, es fiel trasunto de la ley del perfeccionamiento de los seres; así, en fin, en el orden moral, intelectual y social se cumple constantemente la ley del progreso indefinido.

### XXXI

No presenta la Historia el caso teratológico de un pueblo que, como Minerva, haya venido al mundo robusto y armado, para sostener con otros la lucha por la existencia, que así es ley natural para los individuos como para las colectividades.

Toda civilización, después de haber recorrido sus períodos embrionario y fetal, en el seno de otra civilización, al entrar en el goce de su existencia independiente, atraviesa una infancia más ó menos larga y procelosa, que material y psicológicamente se caracteriza por el auge del movimiento de expansión.

Hay seres humanos condenados á no salir jamás de su infancia, tales son los idiotas : existen pueblos que viven en una infancia perpetua, ó por mejor decir : que no han salido ni saldrán jamás de la edad embrionaria de la civilización.

Las ciencias prehistóricas, fundadas en el testimonio de los seres conservados en estado fósil entre los estratos de diferentes terrenos, acusan las edades del mundo. Cada edad tiene su representación en esas petrificaciones: son testimonios perennes é irrecusables de que en tiempos muy anteriores á los de donde parten las más remotas tradiciones ó crónicas y los relatos mitológicos, existieron una flora y una fauna totalmente distinta de la que hoy día pueblan la haz de la tierra.

Pero, al propio tiempo que en esas impresiones de los seres organizados se estudia la *Paleontología animal y vegetal*, aparecen también petrificadas las huellas de la civilización, por las cuales, á través de los siglos, descubrimos la historia del progreso humano. No han desaparecido los tipos demográficos y arqueológicos de nuestra especie; su dinamismo no ha sido perturbado por las evoluciones del planeta. ¿No son estos pueblos los verdaderos *fósiles de la civilización*?

En los péqueres de la Tierra del fuego, reunidos en pequeñas tribus, vestidos con pieles de vacas marinas, cobijados en cónicas cabañas, respirando el miasma de la pesca putrefacta que en ellas conservan, ejerciendo el canibalismo sin la menor traba, tratando á la mujer cual bestia de carga y sacrificándola, cuando anciana, para devorarla en un festín; y en los australianos, de atezado rostro, de prominentes mandíbulas, con tuberosos dientes, blandiendo la lanza de madera y el hacha de piedra montada en un mango de palo, devorando los cadáveres de sus padres y aun matando á sus propios hijos para saciar el hambre en tiempos de carestía, ¿quién no ve la representación de la *edad de piedra*? Los hotentotes, pueblos pastoriles tan atrasados que, no sabiendo construirlos, se ven obligados á comprar á sus eternos rivales los cafres las herramientas de que necesitan, y los mismos cafres, que ya cultivan la alcandía (de la que sacan una bebida fermentada) la sandía, la caña de azúcar, el tabaco, el alfónsigo y hasta el trigo; que saben construir cestos, platos y vasijas de barro y que, en fin, conocen con bastante perfección el arte de fundir el hierro, ¿no parecen los genuinos representantes de la *edad del hierro*?

La civilización es planta muy delicada, que no medra sino en determinadas condiciones cósmicas. Todo lo que se opone á la expansión de la vida y todo cuanto causa relajación del organismo, la mata. No le sienta bien el ambiente cálido y húmedo de las zonas inter-tropicales, que tanto favorece á la vegetación, ni tampoco le es propicia la fría humedad de los polos. Cuando los europeos visitaron la América central, hallaron en ella una civilización muy desenvuelta; en cambio, los Guaranís del Brasil, á pesar del moderno influjo de Europa, viven todavía en las primeras fases de la evolución social.

A primera vista contrasta con estos hechos sociológicos el de que las grandes civilizaciones que han invadido la Europa procedieron de las regiones más cálidas del Asia; pero las investigaciones lingüísticas y etnográficas no dejan duda de que esos pueblos invasores, antes de pasar por la península del Indostán, se habían desprendido de las elevadas llanuras del Asia central.

La infancia de los pueblos (como la infancia del hombre) necesita el arrullo de una atmósfera benigna y bastante caliente que favorezca el desarrollo de una vegetación abundante y variada, que sin gran trabajo les proporcione todos los elementos necesarios para su nutrición é incremento, que le sirva cual la ubre al recién-nacido. La cuna de toda civilización se caracteriza por la casi espontánea producción de abundantes cosechas de frutos eminentemente nutritivos: la India por el arroz; el Egipto por los dátiles, el courra y el loto comestible; Méjico y el Perú por el maíz y el banano.

Así guarecida, la población no abandona las regiones cálidas, hasta que adquiere mayores bríos, al modo como el feto no se desprende del tibio ambiente amniótico hasta el momento en que ha cobrado suficiente desarrollo para vivir vida independiente. Intelectualmente dotada de recursos para resistir las contingencias cósmicas más rigurosas, la población dirige su marcha á países más tónicos y de mayor estímulo. Este estímulo es precisamente la causa ocasional de la expansión de sus fuerzas físicas y morales; en cada nuevo territorio encuentra un gimnasio adecuado á su desenvolvimiento corporal y psicológico. En tales condiciones, la población atraviesa robusta y lozana su primera infancia. Esta es la edad de la alegría, del movimiento comercial, de la poesía y de las artes. Ama, cree, canta, baila y pinta; pronto descollará su actividad mercantil y se hará guerrera, científica y reflexiva. Obedece á un caudillo, elegido entre los más fuertes; con él marcha á la conquista de nuevos territorios. No mira aún á su derecho, sino á sus sentimientos. No tiene ley escrita, porque ni sabe leer; sométese sin resistencia á la voluntad del jefe, de quien recibe los mandatos, las reglas de conducta doméstica y hasta los dioses y los ritos. Es un párvulo que, retozando, se deja conducir de la mano por su preceptor. Si no fuese capaz de mayor medro, viviría en un idiotismo permanente. Tal es, señores, la única condición en que un pueblo sano aguanta el despotismo.

Si el espíritu colectivo no se desenvuelve con mayor lozanía, cual corresponde á la evolución normal del entendimiento; si no nacen en el organismo social fuerzas morales para sacudir brusca ó lentamente el peso de institución tan contrapuesta á la dignidad humana, la civilización no pasará del grado que acabo de describir y tendremos un pueblo fósil que, en la ciencia antropológica, representará la edad de piedra.

Estas suspensiones de desarrollo corresponden constantemente á las condiciones cósmicas en que vive la población. De ahí que los katmaschadales tengan todavía, y tendrán siempre, una civilización puramente primitiva, y que los tártaros mogoles divaguen sin esperanza de progreso por las áridas llanuras del Asia septentrional. Mientras los abuelos de los actuales chinos poblaron las faldas del Tibet, vivieron en pleno salvagismo; emigrando á regiones más templadas, los descendientes de estos antiquísimos pueblos han fundado una civilización que, en muchos puntos, merece ser envidiada por las más cultas naciones de Europa.

### XXXII

Si continuamos considerándola desde un punto de vista colectivo, la historia del proceso formativo del cerebro humano, y extendemos el estudio de esta evolución al conjunto de los pueblos que habitan y han habitado la haz

de la tierra, hallaremos las mismas interrupciones del desarrollo evolutivo que hemos notado en los individuos, y nos veremos insensiblemente conducidos á la determinación de la causa anatómica ó eficiente de las *razas humanas*.

Desde luego, el influjo del medio y de la selección natural, son tan demostrables en la especie humana como en los irracionales; mas, como el hombre raras veces se aplica á sí mismo la *selección razonada*, los efectos de esta última influencia son de hecho menos ostensibles. Cuando el despotismo, subyugando las humanas afecciones, ha obligado á determinadas uniones sexuales, se han obtenido frutos perfectamente adecuados á las condiciones orgánicas de los progenitores, que han dejado satisfecho el orgullo del promovedor de semejantes enlaces. Federico II, casando, de grado ó por fuerza, los gigantes de su guardia con las mujeres de más elevada estatura del país, formó, en los alrededores de Potsdam, una población cuya talla media era muy superior á la de los pueblos vecinos. Los mismos resultados obtuvo un duque de Deux-Ponts, que imitó, en Alsacia, el ejemplo de Federico II.

Distán mucho de ser raros los hechos de atavismo en la especie humana. En las familias de Colburn y Lambert se encontró el polidactilismo hasta la cuarta generación. En tales casos, la repugnancia que generalmente causa el emparentar con sujetos afectados de una anomalía tan notoria, ha dado lugar á uniones consanguíneas, que han afianzado la transmisión del carácter orgánico, merced á una selección que podríamos llamar *inconsciente*.

El hombre opone á las leyes del transformismo los potentes recursos de su imaginación, con cuyo auxilio, burla, hasta cierto punto, la influencia del clima, emigrando á países remotísimos y echando mano de abrigos y de medios de refrigeración, que le preserven de las exageraciones atmosféricas. Aquí el principio *de la lucha por la vida*, que es otra de las causas determinantes de la especie, contrarresta más ó menos la acción del *medio*.

Á pesar de todo, el ingenio humano no tiene alcances para desvirtuar el influjo climatérico, cuando éste es persistente y muy intenso. El organismo, en último resultado, recibe de los medios cósmicos la impresión característica, y estas impresiones, acentuándose con el tiempo y perpetuándose en las generaciones, aumentan las especies y las razas. Gerónimo Aguilar, el intérprete de Hernán Cortés, sufrió ocho años de esclavitud en poder de los yucatecas, viéndose obligado á adoptar sus vestidos y costumbres; después de estas peripecias, el español no se distinguía de los indígenas. En cambio, ¿no vemos que los negros que viven en Europa tienen la piel menos atezada que los de Africa y América? Y si el medio señala tan marcada acción en el organismo adulto, ¿cuanto más profunda la ejercerá en el adolescente, y aun más en el niño, mayormente si se agrega el influjo hereditario! ¿No se traspasan, por generación, muchas condiciones orgánicas adquiridas?

Pero no nos separemos de nuestro punto de vista; no olvidemos que debemos considerar las razas humanas como la manifestación más evidente del proceso formativo cerebral en el orden colectivo, como una serie de fenómenos de desenvolvimiento, desplegada á través de las edades de la humanidad, de todo punto análoga á la serie de desarrollos que observamos en las edades del hombre.

No hay por qué ponderar la oportunidad con que podría ser invocada aquí

la doctrina de Darwin, para patentizar, con testimonios de carácter científico, que así hay un desarrollo gradual del cerebro en el individuo que (hecha abstracción de casos puramente excepcionales) concuerda con el desarrollo de los restantes aparatos y funciones de la economía, como existe un movimiento formativo, lento y gradual, correspondiente á las edades de la humanidad, que propende á determinar el perfeccionamiento de la especie en general y del cerebro humano en particular.

Estas ideas, empero, son hoy día sobrado conocidas; por lo cual creería causar ofensa á vuestra ilustración si intentara exponerlas. Bastará recordarlas, para sacar la consecuencia de que, del propio modo que existen anomalías por suspensión del desarrollo cerebral, las hay no menos evidentes en el mismo sentido, cuando se estudia el desarrollo del que podría llamarse el *cerebro* de los pueblos.

Impera en los tres reinos de la naturaleza el principio de la recíproca atracción de los seres. En cada efecto de la afinidad encontramos una nueva creación. De esta ley universal no se exceptúan las criaturas humanas. Un desequilibrio de temperatura produce el vacío en una región de la atmósfera; el aire se agita en corrientes impetuosas y, á su paso, sacude las hojas, desnuda los árboles, abate las flores y levanta los átomos de la tierra, revolviendo en torbellinos de polvo la arcilla con la sílice, el carbón con la cal, los esporos de las criptógamas con las bacterias y los vibriones. Hay también desequilibrios de la vida social que promueven corrientes tumultuosas en los átomos de la humanidad; éstos se agitan, obedeciendo al secreto impulso de la civilización, en sentido de los apacibles climas de Occidente, y los del Norte, siguiendo el cauce de los ríos, se precipitan hacia el Mediodía, explotando en tan apacibles zonas el latente vigor de su organismo. Tal ha sido la marcha de las guerras, de las conquistas, de las colonias y, tal, la de las civilizaciones; pronto el pueblo invadido cambia sus costumbres por las del invasor; el esclavo se eleva á la altura de su dueño, mezclan la sangre y queda realizada esa fusión de elementos antropológicos, cuyos resultados son las *razas mestizas*.

¿Y qué son las razas mestizas, sino la manifestación imperecedera del perfeccionamiento gradual de la especie humana? ¿Qué sino la materialización y expresión patente de esa fuerza moral llamada *fraternidad*, torpemente combatida por el orgullo de los déspotas y santificada por la palabra y por la sangre del hijo de Dios? Esta es la fuerza de la afinidad que en el tiempo realiza la combinación de organismos y de sentimientos, y que la civilización cristiana ha elevado á la categoría de virtud teologal llamándola *caridad*.

Yo respeto la opinión de aquellos naturalistas que creen en la pluralidad de orígenes de la especie humana. Los documentos que producen en apoyo de su doctrina me parecen atendibles, aunque no convincentes. Si yo supiera dónde se oculta la prueba de esta pluralidad, aun á riesgo de faltar á mi honradez científica, no la enseñaría á nadie... mientras quedase en el mundo un esclavo. Si aun hay opresores que ejercitan el derecho de la fuerza, ¿no sería cruel é inhumano armarles de la fuerza del derecho?

El desarrollo de las razas mestizas ha sido tanto más rápido cuanto más se han multiplicado los grandes descubrimientos que facilitan la comunicación de los hombres. Ha sido un progreso que ha promovido otro progreso; tal es la eterna ley de la civilización.